

# Lo Nuestro es otra Historia de Amor

Pedro Hugo García Peláez



***1ª edición***

*Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.*

© Pedro Hugo García Peláez, 2022

**Dedicado a Jorge**



A Luz la conocí en el jardín de infancia, ella era un poco más pequeña y sólo me acuerdo de que una vez nos paramos a ver los peces que había en un pequeño estanque al lado de una fuente de piedra.

Según iba creciendo iba a la finca de sus padres, que tenía la entrada flanqueada por una fila de cipreses, como una premonición de que algo iba a pasar, a la vez que eran una muestra del poderío de las familias pudientes de aquellos años setenta y todavía me acuerdo de un estanque con una isla en el centro donde también había peces, que yo por aquel entonces tenía la obsesión de domarlos con mi vista.

El tiempo pasó y yo me cansé de ir a la finca de sus padres que estaba a un trecho de la ciudad y a mí me mareaba el coche por aquellas estrechas carreteras zigzagueantes, por aquel entonces yo ya había empezado el colegio regular y dos años después de eso apareció Moyna, yo no la conocía

pero era mi vecina escolarmente hablando, ya que estaba en el colegio de al lado.

El padre de Luz murió, tuvo muy mala suerte, ya que era un hombre que lo tenía todo en la vida y su madre se cambió de barrio y ya no la volví a ver tan asiduamente, pero venía de vez en cuando por mi casa y le contaba como era su vida ahora a mi madre mientras yo escuchaba todo con atención.

Los colegios de pago donde íbamos los tres eran un gallinero donde éramos cuarenta alumnos o incluso más por clase, la inmensa mayoría éramos un grupo homogéneo de clase media-alta que luchábamos como gallos de pelea por destacar y triunfar.

Desde nuestra más corta edad hablábamos a gritos por los pasillos y nos callábamos apresuradamente cuando pasaba un profesor, como si esa falta de respeto pudiera acabar en un castigo y aquello derivar en una expulsión, donde se acabarían nuestros sueños de triunfo por lo menos momentáneamente y donde es más, se enterarían

nuestros padres, que durante aquella época eran una figura autoritaria a la que no se podía contradecir, ya que te podía caer una bofetada por una frase maldicha a destiempo y luego el drama de estar un par de semanas estudiando en casa sin poder ver a tus amigos, no como ahora.

En el recreo nos juntábamos cientos de niños, correteando de un lado a otro como si se tratase de una jungla urbana y aquel comedor donde nos sentábamos a comer, que en nuestra ingenuidad nos hacía sentir como privilegiados de que pudiéramos comer fuera de casa.

Los profesores daban clase como si fueran los líderes y guardianes de aquel régimen franquista que aun coleteaba, encargados de guiar por el buen camino a esta nueva generación y con los que era imposible entablar ningún tipo de camaradería.

Aquellos profesores amansaban con un aire de suprema autoridad cualquier tipo de rebeldía y un halo especial de superioridad les mantenía un escalón por encima de nosotros, infundiéndonos

un profundo respeto que te creaba una gran ansiedad cuando entraban en clase y te miraban como sabiendo que no te habías leído el capítulo del libro que te habían mandado leer el día anterior.

Aquello duró varios largos años, pasó el tiempo mientras nos hacíamos adolescentes y en uno de estos días vagando por las calles al haberme separado de mis amigos un momento conocí a Moyna.

Ella estaba totalmente loca, andaba de aquí para allá, serpenteando como una culebra por las calles sin rumbo fijo y poniéndose un ligero maquillaje en los ojos, con cuidado de que no se le notara mucho, en esa época en la que todavía era una niña y una mujer a la vez.

Siempre iba acompañada de su novio que era la quintaesencia de la tontería, no sé donde se conocieron y creo que tampoco tiene importancia donde le había conocido, no sé cómo se fijó en él, pero parecía que algo había, ya que seguía con él, como si le hubiera hecho una promesa a alguna



Virgencita de Guadalupe por algún oscuro motivo.

Ella se daba cuenta de que la gente cambiaba de cara tan rápido como el día daba paso a la noche. Pero se encontraba tan a gusto con su rollo, que lo único que quería hacer era irse de juerga en juerga y de fiesta en fiesta con él.

Ella también tenía una finca, como Luz, pero ella en Andalucía, a la que iba con su familia de vez en cuando, en esa época en la que se tardaba en llegar ocho horas contando la obligatoria parada para almorzar en la carretera. La casa que tenían en el pueblo era la más grande de la comarca y con el tiempo pasó a ser patrimonio nacional por su forma de castillo.

Aunque ella no era una chica del montón, empezaron a salir rumores sobre ella diciendo que era un poco casquivana. Y es que en aquel barrio de aquella ciudad, si te movías en su ambiente nocturno te etiquetaban rápidamente. Eras tratado como alguien que está fuera de los convencionalismos sociales que reinan en los pequeños ba-

rrios de las grandes ciudades, donde se exageran de sobremanera los más mínimos defectos.

Quizás por eso las monjas le dieron un toque a ella en el colegio. La envidia que desataba alguien tan joven viviendo la noche no pasaba desapercibida y a la pobre le dijeron que lo mejor que podía hacer es que se cambiara de colegio.

Los domingos iba con mi familia a comer, mientras mi padre me examinaba de arriba a abajo como si fuese el juez de un tribunal de La Santa Inquisición y aunque a mis otros hermanos más mayores los trataba con un arrogante desdén y un cierto aire humillante, ante mí mostraba una cierta indulgencia y me decía que yo tenía un gran futuro por delante, que todavía no me daba cuenta de eso, pero que tenía el éxito al alcance de mi mano y que él había trabajado como un cabrón para que no me faltara de nada.

En cuanto acababa aquella comida yo me iba con mis amigos sin importarme una mierda todo.

Ese año dejé los estudios. Y me refugiaba fumando porros con los colegas que me hacían evadirme del poco interés que tenía por seguir estudiando.

Luz al contrario que nosotros quería ser arqueóloga y labrarse un porvenir y el tiempo que pasaba con nosotros obviamente no lo dedicaba a estudiar. Ella se planteó hacer un esfuerzo y conseguir lo que anhelaba, aunque también anhelaba otras cosas, como seguir con nosotros, con sus amigos que parecía que sabíamos como divertirnos.

El día que acabé el colegio con seis suspensos me inflé a porros en un parque, por el camino me encontré con Luz y la dije que me acompañase que iba a pillar algo de hachi.

Después de trapichear con el camello y un poco colocados, decidimos ir a la discoteca preferida de ambos, que estaba en un sitio un poco reservado en un extremo de Madrid, que a pesar de estar un poco alejada del centro no estaba muy lejos de cualquier parte de Madrid y que además

estaba ubicada en una de las zonas más vanguardistas de Madrid.

En aquella discoteca el ambiente estaba tan cargado, que teníamos que ir tanteando entre la densa niebla que toda esa hierba incinerada había creado en conjunción con los vapores de las colonias de todos aquellos adolescentes, que celebraban aquella calurosa fiesta del solsticio de verano.

Al final de la discoteca palpando con la mano encontré lo que parecía un asiento de terciopelo rojo con unos cojines de adorno, puse la mano encima para ver si eran reales y me senté a observar el panorama junto a la pista de baile.

En aquel momento, la música se elevó al máximo, al empezar a sonar una de las canciones favoritas entre el mujerío de aquella fiesta, que aquellas adolescentes rozando el paroxismo tarareaban con grititos femeninos.

Ese día no estaban mis colegas y yo estaba un poco cortado en aquella fiesta.

Parece que te han dejado de lado, ¿eh gordi? — dijo una voz femenina que salió de la oscuridad.

Me tengo que ir flaca, le dije con un tono altivo dándomelas de interesante.

Es Marga una amiga mía ¿Podemos ir contigo?, me dijo Luz.

Uno de los de la fiesta con un kilo de gomina y una potente colonia, nos dijo- ¿Ya os vais tan pronto?.

-Sí me voy con ellas le dije, son unas guerreras estando con ellas conmigo no se mete cualquiera.

En el taxi nos montamos Luz, Marga y yo, ya que pensé que coger un taxi era la mejor forma de llegar relajado a mi casa, a pesar de que mi casa estaba sólo a cinco minutos de allí andando.

El trayecto duró quince minutos y medio en los que el taxista hizo un rodeo mientras nos dejaba la cabeza como un bombo, después de explicarnos que los taxis eran la mejor manera de aliviar el congestionado tráfico y que todo pasaba por una solución política del país según él.

Llegado el momento de pagar, el taxista se quejó de que le hubieran parado para un trayecto tan corto de veinticinco pesetas, tome cinco pesetas más y no discuta le dije.

Mientras salía del taxi le comenté a Tina y a Marga, —qué maleducado me ha parecido el peseta éste, además parecía que llevaba la misma ropa desde hace cinco años— a lo que Marga comentó — sí, la verdad es que el servicio en Madrid está muy mal. —

Y allí en la piscina de mi casa nos fumamos unos porros mientras no parábamos de reírnos.

Así discurría nuestra vida donde no teníamos que preocuparnos de nada y fue pasando el tiem-

po mientras íbamos todos los días a aquella discoteca.

Moyna cumplió los veintiuno, a los seis años de haber conocido a aquel chaval de barrio, del que nadie sabía ni de dónde había salido, ni la oscura razón que la hacía seguir con él y es que el amor a veces se guía por secretos insondables. Y es que no sé dónde tendría instalado el gusto Moyna en aquellos primeros años de la adolescencia.

No sé a causa de qué, ni tampoco ninguno de mis amigos sabía tampoco la razón por la que Moyna le dejó después de seis años de novios, aunque se rumoreaba que había sufrido un gatillazo en su primera relación íntima, ¿o fue ella la que sintió rechazo?, pero como si fuese un milagro que hubiera abierto los ojos a Moyna, ella se dio cuenta de que se había juntado con el que era el más tonto del grupo y que le había robado los mejores años de su adolescencia.

Y a los veintiuno pensó, después de dejarle, que ya todo sólo podía ir para arriba y que todo podía mejorar.

En esa época Luz y Moyna pugnaban por el triunfo, la primera estudiando Historia, mientras se memorizaba todas y cada una de las capitales del mundo, a las que preveía viajar rodeada de toda clase de lujos y la otra visitando discotecas donde se encargaría de vender copas de garrafón a cambio de una sonrisa.

Había noches en las que las discotecas a las que iba Moyna estaban casi vacías, la gente de la ciudad suele ser austera entre semana y además la gente de aquella ciudad tan convencional tenía que trabajar, no podían seguir el ritmo ocioso que ella seguía, por eso estaban vacías, vacías como su futuro mientras les decía vacilantemente a los pocos clientes que aparecían, que aquel día había sido un muermo, pero que volvieran al día siguiente que se iba a celebrar una fiesta.

Luz había cambiado un poco y quería labrarse un porvenir.

Mientras estaba estudiando se pellizcaba los brazos como una muestra de rabia, preguntándose



por qué tenía que estar ella allí sola con su libro mientras todo el mundo se lo estaba pasando bien.

Tienes que esforzarte en estudiar, es tu futuro, le decía la nueva pareja de su madre para parecer amigable. Ella le sonrió cortésmente, como queriendo devolverle el favor a su padrastro, como queriendo llenar el hueco que ella sentía.

Su padrastro no prestaba mucha atención a nada que no fuera su mundo, se había casado con su madre después de muchos años de soltería, sus amigos pensaban que se iba a quedar soltero, pero había encontrado a la madre de Luz como una última oportunidad a precio de saldo, donde a ambos ya no les quedaban muchas oportunidades de encontrar pareja, pero de vez en cuando hacía un esfuerzo por ejercer su papel de padre algo que se le hacía un poco cuesta arriba.

Aunque en el fondo, por lo que las dos pugnan, era por llevarse al huerto a alguien que las mantuviese de acorde al nivel social que ostenta-

ban, ya que no tenían un puto duro y estaban más tiesas que una mojama.

Pero peor era mi caso, ya que tenía que trabajar tantas horas diarias, que no tenía tiempo para otra cosa y encima lo hacía por poco dinero, por lo que no era interesante para ellas.

La gente que entendía decía que había que entenderlas, que eran buenas chicas. Moyna primero empezó con las copitas y de ahí paso a cosas más excitantes, que ella creía que controlaba y cuanto más excitante era lo que se metía más se creía que lo controlaba.

En eso se diferenciaba de Luz, ella tenía dos dedos de frente y quería abrirse al mundo a su manera, no como una botella de vino que se descorcha, lo verdaderamente llamativo de Moyna es que su esquizofrenia latente la veía todo el mundo menos ella.

Sin embargo, hay que destacar que Moyna siempre tuvo la frente alta como correspondía a una señorita y es que lo cortés no quita lo valiente,

aunque eso sí, dejó un poco de lado las buenas costumbres y hablaba como un camionero cuando se enfadaba.

Moyna tenía en la mirada claro que iba a triunfar y Luz miraba al mundo con un cierto aire de superioridad dándolo también por hecho.

Eran el vivo ejemplo de una generación que por primera vez en la historia de España tenía todo para triunfar.

El futuro que tenían al alcance de sus manos era perfecto, o al menos eso decían los periódicos y los documentales de televisión cuando se referían a esta generación. A ellas les causaba risa las penurias que habían tenido que pasar las generaciones anteriores a la suya, incluso dentro de sus pudientes familias, antes de que hubiese llegado la modernidad y como esa gente tan ignorante no comprendía que la modernidad había llegado en este momento para quedarse.

Se reían de la otrora figura paterna autoritaria, que quedaba un poco ridícula ahora, ya que tal

como estaba el mundo podían irse y vivir su vida con total libertad en el mundo de las oportunidades, donde las acogerían con los brazos abiertos en cualquier otro lado.

Poco a poco se estaban haciendo mayores... Y sus sueños eran inmensamente más grandes que la realidad que vivían.

Nada era lo que parecía, aunque había un cierto aire de libertad, incluso de libertinaje, en los años ochenta, bien cierto es que en la ciudad se seguían los convencionalismos que son los cimientos de las ciudades y si en algunos momentos había tanta diversión como podías aguantar, otras veces parecía que estabas en una ciudad anclada en un tiempo muy anterior.

Mientras iba pasando el tiempo yo me había metido a trabajar como un pringado por un sueldo que no estaba mal, pero que estaba un poco por debajo de la media y como un tonto que se había quedado en la edad del pavo, quería que Luz y Moyna se enorgullecieran de mí.

En un alarde de valentía dejé ese trabajo de mierda y me puse a estudiar medicina. Ya en los primeros años diseccionaba aquellos cadáveres que sacábamos de la morgue de la facultad con la habilidad impropia de un neófito y la verdad es que cogía las explicaciones al vuelo, mientras diseccionaba los tejidos y las vísceras, como si hubiese hecho aquello durante toda mi vida, incluso hacía observaciones certeras de como se podrían mejorar algunas curaciones o como mejorar la forma de aplicar un torniquete.

Cuando Luz acabó la carrera de Historia, se echó un novio. Se conocieron en una discoteca, en un momento en el que Luz se había distanciado de sus amigos y andaba a su aire imbuida entre aquellas luces giratorias, que parpadeaban al ritmo de la música de aquellos éxitos musicales que salían por doquier, compuestos por elaborados sonidos de sintetizadores, que llenaban aquel ambiente como una bruma engañosa que se mantenía en el aire, no sólo de aquella discoteca española sino también en muchos lugares del mundo y que mantenía vivos aquellos sueños, en aquel ambiente donde parecía que esos éxitos

musicales nunca iban a dejar de producirse y de superar al anterior, como la banda sonora perfecta que sonaba acorde a aquellos días tan gloriosos.

Ese chico la sonrió de una forma como diciéndola que él se podía comer el mundo con esa sonrisa suya y ella le devolvió la sonrisa. Él la preguntó si estaba sola y ella le contestó, no... con unos amigos, entonces ese chico se fijó en ella como cuando un león ve a un ñu herido, mientras su erección se marcaba en su ceñido pantalón vaquero y para que no se notase mucho aquella erección se puso un poco de lado intentando disimular aquella farragosa situación, que era como mantener una patata caliente con la mano, mientras se fijaba en aquella dulce chica que le miraba con una atolondrada admiración, como un pichón que acaba de nacer.

De esta forma tan tonta empezó su relación y todo el mundo se dio por enterado.

A los pocos meses se casaron, fue una gran boda en aquella finca a la que yo iba de pequeño,

aquel chico parecía que tenía la cabeza bien amueblada, era economista y tenía ansias de comerse el mundo, de poder volar en avioneta dando conferencias y de mantener a Luz como una reina. Se le amontonaban ideas pretenciosas en la cabeza a borbotones y en esos momentos aquel zagal creía que tenía el mundo a sus pies.

La noche era cálida y más de doscientas personas se apiñaban en la terraza de aquella finca en la franja de terreno destinada a la celebración, delimitada por unos maceteros, como queriendo separar la boda del resto del mundo.

Con el novio vinieron acompañándole una cohorte de familiares suyos escandinavos, cuya única virtud era lo bien que vendían su cultura escandinava de la que decían que era muy superior a la española.

Sin ningún pudor mostraban una condescendencia con la pobre Luz, como sintiéndose incómodos de entregar a semejante zagal a la perdición del amor, aunque Luz fuera un buen partido y es

que los suecos se saben hacer los suecos muy bien cuando quieren.

Bebieron y comieron a base de bien y al final de la fiesta un poco chispaos procedieron a bailar desordenadamente estilos de baile escandinavos arrítmicos, como si fueran lobos epilépticos aullando en una noche de luna llena, bailes que según explicaban ellos venían de la tradición vikinga, que a pesar de ser disfuncionales los ejercitaban con un orden propio de una marcha militar, mientras la familia de Luz les miraba con cierta sorpresa aunque intentando parecer no contrariada.

La madre del Sr. Svenson, que era como le llamaban al marido de Luz después de haber terminado su doctorado en economía, tenía puesta la mirada fija en él y no podía estar más orgullosa de él y del brillante porvenir que el futuro le deparaba a su hijo, siendo un prometedor joven que con sus investigaciones iba a arreglar los problemas económicos y sociales.



Luz había estudiado Historia, entre otras cosas porque no había ninguna carrera más fácil y claro la economía la deslumbraba, como una carrera hecha por alguien que sabía lo que hacía y además la fascinaba el mundo de los bancos y las finanzas y por lo tanto ese chico la podría mantener bien.

A pesar de aquello, aquel no era de los hombres que ella había pensado que le iban a gustar. En otra época hubiera pensado que no era el ideal que había buscado, pero de alguna forma tenía que seguirle, aquel hombre la deslumbraba como el oro puro.

El hermano de Luz, que era amigo mío, me enseñó el vídeo de la boda y yo en mi ingenuidad no quise saber más, ya que me embriagaba la dulzura de la fiesta vista a través de una cámara y pensé qué feliz debería sentirse Luz y que suerte había tenido de no haber acabado con un desgraciado como yo.

Los padres de Moyna se habían divorciado y su madre guardaba una foto suya en una mesilla del

salón. Era de las pocas cosas que guardaba después del divorcio en aquella casa llena de muebles desnudos y recuerdos vacíos. Los tiempos habían cambiado y ya nadie sentía la necesidad de tener que aguantar a su pareja como veinte años atrás y es que hacía ahora unos diez años, no sin cierta controversia, que había llegado la ley del divorcio para quedarse y revolucionar la forma de vivir en pareja de antaño y sus padres habían seguido cada uno su camino.

Parecía imposible que ella fuera la bella chica adolescente de la foto, que contrastaba con el aspecto vulgar de aquel novio con el que estuvo seis años. El tiempo había pasado, ya eran muchas las noches que había pasado Moyna entre discotecas y fiestas y aquella belleza no se correspondía con la misma persona que miraba la foto ahora, con cierta añoranza, mientras un escalofrío le recorría la espina dorsal.

Pero Moyna no se podía quedar estancada, la vida tenía que continuar, mientras recordaba a aquel chico epiléptico, que había malvivido postrado en la cama en el piso de al lado de sus pa-

dres y que había muerto cuando ambos tenían veinte años.

Moyna que por aquella época era como un calco de Luz, eligió irse a Ibiza con el propósito de imbuirse en otra cultura, pero con la idea de encontrar un pretendiente y mostrar a su familia que había cambiado.

A ambas chicas las atraían los extranjeros, no sé si era a causa de haber tenido alguna mala experiencia con un español o es que los extranjeros lucían más que los españoles.

Su familia la había animado a ir, diciéndola que tenía que moverse que tenía que tener visión de futuro y descubrir mundo, dejar esta ciudad, cambiar de aires y allí podría realizarse como persona, que allí estaba el futuro, ya que por algo era la región del país que tenía la fama de vivir más adelantada que el resto, en cuanto llegó se dio cuenta de que aquello sí era el futuro y a los seis días de haber llegado conoció a un prometedo chico de origen italiano, que había ido allí a buscarse la vida con una mano delante y otra de-

trás, que además era el hijo de una familia de emigrantes que aquejados por las penurias de la postguerra en Italia habían tenido que emigrar a Suiza.

Al final Moyna había aterrizado en Ibiza, donde ella siempre había querido ir a vivir la vida y donde se sentía tan afortunada.

Allí se rejunto con este agitanado escultor del sur de Italia, que vendía tótems de madera en Ibiza. Estas figuras eran del más puro estilo indio, con dibujos de serpientes y animales de cuatro patas, parecidos a los primeros dibujos descubiertos en las grutas donde habían encontrado refugio los primeros Homo sapiens, mezclado todo ello con toda clase de iconografía hippie, en una mezcla, que dejaba como a niños de teta a los más atrevidos pintores vanguardistas del momento.

Para él eso era volver a sus orígenes. Cuando se le encendía una luz, después de tomarse un ácido y se imaginaba alguna de aquellas figuras monstruosas se tiraba al suelo, mientras los ojos se le quedaban fijos como si tuviera catalepsia.

Los vendía en un mercadillo hippie que parecía un centro comercial al aire libre, donde todo estaba organizado para que lo pudieran visitar los turistas. La modernidad había alejado a los nuevos hippies de aquel halo de misticismo lleno de privacidad, en cierta forma sectaria, de los primeros hippies que habían fundado esas comunas en los años sesenta. Ahora el movimiento hippie se había convertido en un negocio de finales de los años noventa. Mientras a duras penas intentaban mantener las reminiscencias de un pasado mejor, como manteniendo de la mejor forma posible una hoguera que se iba extinguiendo, ya que la nueva modernidad les había arrollado como si ahora fuesen una cosa del pasado.

Moyna y su nueva pareja sobrevivían en una tienda de campaña en un descampado en el interior de Ibiza, donde tenían una pequeña plantación de marihuana al lado de su tienda de campaña.

Aquella noche iba a haber una superluna, decían los periódicos que aquello pasaba cada cuarenta

y tres años y se preparó una fiesta a la que les invitó Tomasa, que era amiga de su amante escultor.

La fiesta se celebró en un lugar que estaba escondido entre unos pequeños bosques al que se tardaba en llegar veinte minutos en moto.

Allí se encontraron con una veintena de personas, algunos bebían cerveza y otros fumaban porros. Tomasa le dio la mano a Moyna y con la garganta seca por el ácido que se habían tomado se besaron, al rato se juntó el escultor desnudo mirándolas como si hubiese entrado en trance, mientras ambas retozaban en el suelo, aquella experiencia se le quedó grabada a Moyna, mientras la besaba, la acariciaba las tetas mientras que él le metía el pene a su amiga, que tenía los ojos desorbitados mientras Moyna la seguía manoseando las tetas.

Aquello acabó de una manera un tanto extraña, al coger él el sida que era un virus que en esos años proliferaba en Ibiza y murió a los seis meses después de haber dejado preñada a Moyna.

Luz había acabado en una pensión de entregueras mientras era profesora de lengua española de una clase de niños preadolescentes, que no tenían mucho futuro a la vez que tenían menos respeto por los profesores del que había tenido Luz en su infancia. Además, ella era la única española de un colegio escandinavo, de un barrio de trabajadores donde se sentía un poco sola y marginada, sobre todo cuando oía esos murmullos de ¡Ahí va la española!, con un tono despectivo, pero ella se hacía la sueca, poniendo la frente alta y es que se había casado con un marido muy inteligente que iba a descubrir nuevas formas de economía aunque ahora estuviese en horas bajas.

Al igual que su marido, malvivía en esa pensión en la que ambos cohabitaban, de la que no salían mucho y donde ella le preparaba el té acompañado de unos cacahuetes que él masticaba como si fuese un ritual y ella le miraba como si ella siempre hubiese estado destinada para hacer eso, mientras él tenía la mirada perdida en una figurita de cerámica.

Otros días le pedía zumo que ella hacía en esa exprimidora de naranjas que él la había regalado en su décimo aniversario y que a ella le traía recuerdos de España.

Su marido, a veces era como si fuese un niño, se pasaba la mayor parte del día respirando ese ambiente pseudoacadémico de ese colegio del sistema escolar de aquella ciudad escandinava, mientras se rompía la cabeza intentando descifrar los insondables secretos de la economía entre clase y clase, a aquel alumnado que no le hacía mucho caso, en la otra punta de la ciudad de donde estaba el colegio de su esposa y ella seguía soñando en recorrer el mundo.

Un día cualquiera cansada de la rutina, Luz se confesó con la luna.

Se acordaba de los arroyos desbordados cerca del río de aquel pueblo, junto a la finca de sus padres, donde yo iba de pequeño, donde había celebrado su boda y donde había pasado largas temporadas de su vida y empezó a pensar que esto no era lo que realmente había anhelado.



No sé si comprarme un vestidito, venga va, si un día es un día pensaba, a pesar de que el sueldo de maestra no daba para muchas alegrías y así se ligó a otro profesor de su rancio colegio con el que se fue a pasar un fin de semana a un hotelito de Centroeuropa.

En aquel pueblo centroeuropeo, con aire medieval, ambos sentían que lucían más que los demás, en aquel lugar todos murmuraban que quiénes serían esa pareja que parecía que todo lo que había en ellos era todo felicidad y que seguro que llevaban toda la vida juntos, pero el dinero se empezó a acabar con tanto derroche y al finalizar aquel fin de semana de vacaciones tuvieron que volver a aquel colegio de Suecia y así se acabó todo, volviendo a su rutina en el colegio.

Aunque al principio Luz sentía que tenía un poco de culpa por aquello, se le fue pasando, poco a poco se le fue quitando la vergüenza y se le fue pasando la culpa, mientras se echaba miradas cómplices con su nuevo amante sin reparar en disimularlo, en ese lúgubre y rancio colegio,

donde a pesar de todo había un liberalismo consentido sobre las relaciones extramatrimoniales.

Como si hubiera atravesado una línea que no se debía traspasar, su conciencia le decía que aquello no se hacía, pero que al Sr. Svenson a lo mejor no le importaría si se enterase, como si aquello de alguna forma pudiera seguir dando vida a su relación y volver a ser esa máquina bien engrasada que habían sido cuando se habían conocido.

Mientras su marido se dejaba llevar por la melancolía de otros tiempos pasados y mejores. Ese estar y no estar de su marido permitía y dejaba mucho tiempo a Luz para soñar.

Lo que más le jodía a Luz era tener que coger ese autobús amarillo lleno de alumnos gritando a las siete de la mañana que le ponía de los nervios.

Aquella mala educación de esta nueva generación, cuando ella siempre había sido llevada de un sitio para otro por el chófer de su padre, antes de que éste muriera y donde todavía había un respeto por las calles, la carcomía por dentro.

Pero el tiempo iba pasando y ambos seguían en aquella pensión que parecía un piso de entreguerras, los dos tenían que trabajar, ya que no encontraron nada mejor a lo que agarrarse. A él por enésima vez le habían rechazado su proyecto sobre un estudio de la economía en los países turísticos, ni un trabajo mejor, ni una oportunidad más que dar clase en aquellos dos colegios que eran un apeadero del sistema educativo sueco. No había habido ni rastro de una oportunidad mejor.

El Sr. Svenson incluso empezó a maldecir a Luz, a la que consideraba un estorbo que no le había dejado realizarse en sus investigaciones económicas, por lo que Luz decidió dejarle y es que ya no quedaba nada más.

En esa época las dos todavía pugnaban por el triunfo, la primera en una pensión de mierda en medio de un ambiente pseudoacadémico y la otra en un ambiente psicodélico.

Moyna soñaba en no sé qué, mientras visitaba las calas de Ibiza, buscando la cala perfecta donde encontrar el equilibrio en el que no hubiera ninguna fuerza que tirara de ella, ni la desequilibrara. Y es que ella siempre había sido una equilibrista y lo que le gustaba era caminar por la cuerda floja.

Se juntaba la rebeldía con el sonido de las campanas repicando para la misa de las doce, se juntaba el hambre con las ganas de comer.

Pero el caprichoso destino había sonreído a Luz al haberla tocado una parte de una herencia de un tío suyo que se había quedado soltero y que estaba forrado.

Ahora podía empezar a viajar y a conocer el mundo como ella siempre había querido e iba a empezar por viajar a Malta.

Al llegar a Malta se hospedó en un hotel, pero le encantó el sitio y decidió alquilar una villa por tres meses, por la que pagaba dos mil euros al mes, era una ganga por lo buena casa que era y

enseguida cerró el contrato con Giorgi que era el hijo del propietario.

A Luz le extrañaba mucho que le hubiesen dejado una villa tan lujosa a tan buen precio, aunque Luz enseguida se dio cuenta de que Giorgi era rico y probablemente no le hiciese mucha falta el dinero.

Allí como a todos los habitantes de aquel lugar le sonreía la vida, Luz se hizo un poco popular desde el primer día y es que a los turistas en el sur les tratan con una simpatía especial y además Luz todavía conservaba su belleza.

Se enamoró del sitio y es que las islas pequeñas tienen un encanto especial, con sus casas colgando de los acantilados, con gente que era totalmente lo opuesto a la gente del norte de Europa y turistas a los que agradar fácilmente.

No tardó en olvidar al Sr. Svenson, a pesar de todo era una carga para su tipo de vida y se quedó leyendo ella sola en la villa con unas vistas a tutiplen del mar de ese color azul turquesa, con

el sol que se levantaba en aquel cielo azul llenándolo de una tranquilidad infinita.-

Con tantos gastos ese primer mes, ese día su tarjeta había sobrepasado el límite mensual y necesitaba mil euros más para comprarse una mesa de estilo que quería poner en el jardín, la verdad es que podía esperar al próximo mes, pero se había enamorado de aquella mesa que quería poner en la terraza del jardín y que le serviría para poner los daiquiris mientras tomaba el sol, esa impaciencia por rodearse de cosas bonitas era una señal de que estaba pasándolo bien y que volvía a tener ganas de vivir.

Esa noche fue al local que regentaba Giorgi, ya tenía cierta confianza con él y le pidió prestados mil euros, ya que su tarjeta de crédito no daba para más después de tantos gastos y ella necesitaba el dinero para mantener sus caprichos, Giorgi muy amable se los dio y al día siguiente ella le devolvió el dinero con cien euros de propina; sin embargo Giorgi quería entablar una mayor relación con ella e iba de vez en cuando a su casa, a ella no le molestaba, pero ella ahora no era de

las personas que querían echar raíces y ya estaba pensando en cuál sería su próximo destino.

Giorgi empezó a ser un poco pesado y empezaba a proponerla que invirtiera en uno de sus locales, que eso les iba a dar más ganancias, a priori eso no la hizo mucha gracia, ya que pensaba en irse a otro lugar cuando acabara sus vacaciones en Malta, pero estaba tan a gusto allí que poco a poco fue accediendo al dinero que la pedía Giorgi.

Cada vez era más el dinero que la pedía Giorgi para hacerla socia de los locales que él regentaba.

Estuvo a punto de irse de ahí, dejar el dinero que había invertido y seguir buscándose la vida en otro lugar, pero renegó, ya que Giorgi y su padre eran muy poderosos y en cierta manera se sentía muy feliz allí.

Poco a poco se estaba quedando sin dinero, ya que lo tenía casi todo invertido, aunque de vez en cuando iba a la playa a desconectar para encontrar la paz y luego visitar los rincones de

aquella isla, donde ella se relajaba y dejaba reposar la cabeza, pero tenía que compaginar el placer con los negocios, lo que no le hacía mucha gracia, porque la vida y las caminatas entre aquellas playas y aquellos acantilados eran mucho más espirituales para el alma que los negocios donde la había metido Giorgi.

Pero al acabar la jornada de trabajo siempre había unos cientos de euros para proseguir la juer-ga en las noches de Malta con Giorgi y sus amigos y eso era mucho dinero. Esa vida en sí era una de las drogas más fuertes que ella había conocido.

En este impás de tiempo empezaba a tener que ocuparse de las obligaciones que tenía con Giorgi, que si un día tenía que ir al local a supervisar algo, que si otro día tenía que echar una mano y eso la jodía de sobremanera.

Una noche Giorgi la amenazó, ya que quería más dinero para invertir en otro negocio. La verdad es que los negocios iban un poco ajustados y ella estaba un poco cansada de esa situación, Giorgi



la amenazó físicamente y ella asustada y con poco dinero decidió denunciarle en una crisis nerviosa, pero Giorgi movía todos los entresijos de La Isla y la policía no la hizo ni caso todo estaba bajo el poder de Giorgi y su familia.

La verdad es que Giorgi sabía usar muy bien la psicología y la dijo que él la guardaba el dinero, para que no estuviera preocupada de hacer todas aquellas molestas gestiones con el banco ni anduviera preocupada del límite de su tarjeta, Luz accedió dejándole todos los ahorros y aunque estuviese totalmente pillada de Giorgi, en ese momento sintió una verdadera paz interior.

Giorgi era muy nervioso y en uno de esos días donde ella estaba alternando el descanso con los negocios volvieron a tener una fuerte discusión y con la rabia propia de las injusticias vendió su coche, que era un Lamborghini de paquete sin que Giorgi se enterara.

Era principio de verano y veía que no había salido, todo lo que pasaba en La Isla lo controlaba Giorgi.

Esa noche lloró y al día siguiente cogió un avión para Madrid volviendo a la casa de su madre en Madrid.

En aquel verano en el que Luz volvió a casa de su madre en Madrid, ella la recibió cocinándole su plato preferido, que eran fabes con almejas y le preguntaba que tal la vida por ahí, a lo que ella asentía y decía bien, bajando la mirada.

Aquel plato de fabes con almejas con el que la recibía su madre era una receta asturiana que su madre había heredado de su abuela, ya que ambas eran asturianas. A Luz le recordaba las Navidades de su adolescencia cuando su madre preparaba ese plato y todos se sentaban en la mesa antes de salir a celebrar las Navidades en esas bulliciosas noches de Navidad de los años ochenta.

El hermanastro pequeño que tenía de la otra relación de su madre vivía en aquella casa y había traído a un amigo preadolescente, Luz al verles se enterneció, pero a la vez eso le hizo sentirse

mayor ¿Qué tal?, le dijo, entonces su hermanastro la miró con una cara de pillín como rogándola que le dejara hacer sus cosas. Y Luz se quedó reparando en aquella luz que venía de la lámpara del techo como ida.

Voy a salir, tienes pizza en la nevera, no hace falta que recojas, estás de vacaciones, le dijo su madre como si siguiera siendo su hija pequeña.

Mientras Luz se quedaba en casa viendo los programas de la televisión española, que habían cambiado, ya no se encargaban de sustentar aquellos valores de los años ochenta, la modernidad había dado paso a valores que ahora eran más convencionales, como si todo se hubiese dado la vuelta con el cambio de siglo.

Los programas de ahora se hacían con un aire de inclusión que resultaba pesado, continuamente ponían como tal o cual pareja gay había salido del armario, en tal o cual pueblo de la meseta interior donde habían sufrido mucho durante el tiempo que tuvieron que disimularlo.

Atiborrándose a soledad mientras comía pizza, se acordó de cuando se había fumado aquel primer porro y había llegado a esa misma casa toda colocada, mientras en la televisión ponían un videoclip de Mecano y como si fuera un acto reflejo sollozó un poco.

Su madre todavía guardaba en el armario aquellos jerséis ochenteros con dibujos aztecas y otros adornos como líneas con trenzas. Los tocó como si palpándolos le confirmaran que habían existido y cerró el cajón.

Se quedó mirando su antigua habitación en estado de shock, con todas aquellas cosas que había amado y que ahora ocupaban los cajones de aquel armario, como si hubiesen caducado, al igual que un yogur que hay que tirar a la basura, ya no eran tan importantes para ella como lo habían sido antes. ¿Estás bien?, le preguntó su padrastro que volvía de cenar con su madre mientras la miraba quieto desde la puerta intentando dar la imagen de un padre, sí, sí le contestó queriendo parecer amable.

Pensó que ellos se darían cuenta de que había cambiado, de que ya no estaba con aquel chico prometedor con el que se iba a comer el mundo, como un secreto que no se podía ocultar y que atravesaba los poros de su piel, pero le miró con una mueca en forma de sonrisa como asintiendo que estaba bien.

Un día ambas se despertaron y no eran precisamente las princesas de aquel cuento de hadas de los años ochenta, aquel futuro prometedor de la adolescencia se había convertido en una pesadilla, como un sueño bañado por el cierzo del invierno que lo cubre todo. ¿A quién le importaría yo?, esa pregunta se les colaba en el pensamiento de cada una como si no hubiese salida.

No así yo, que había triunfado al haber desarrollado algunos avances para la medicina y eso no se podía ocultar, son cosas que corren como la pólvora y todo el mundo lo sabía.

Ellas ahora tenían mi nombre puesto en el centro de la frente, como si de un cartel luminoso de una tragaperras se tratase y nunca mejor dicho.

Pensaban efervescentemente, como cuando empiezas a tener fiebre, que aquella gente que las había enamorado, no eran tal y como habían pensado; sin embargo yo contra todo pronóstico estaba muy arriba ahora.

Moyna tenía ventaja, ya que me había enamorado de joven, pero Luz se creía con sus derechos sobre mí, ya que me había conocido antes.

Ellas desengañadas de todo eso, se peleaban como gatas por atraer mi atención, como la de alguien del que ahora emanaba un aire de triunfador.

En el vestidor de las tiendas en las que compraban ropa acorde con su poder adquisitivo, más bien normal, como todo hijo de vecino y donde nadie las veía, se preocupaban pensando como pisar a aquellas jóvenes que venían pegando fuerte y que no las respetaban tanto como ellas hubieran deseado, mientras se probaban vestidos con el afán de parecer todavía atractivas y de competir con aquella nueva avalancha de jóvenes

de las que ellas decían que tenían el gusto en el culo.

Es como si no hubiésemos escogido la ropa adecuada para el baile de fin de curso, como si nos hubiesen engañado en un acto tan trascendental para nosotros como el baile de fin de curso y nos hubieran metido garrafón en la copa en vez de licor del bueno y empezábamos a descubrir que en la vida había cosas más sencillas que eran más importantes.

Era la primera generación en la historia que se reía de todo lo anterior y que pensaban que todo lo que relucía era oro y que su futuro era el más prometedor posible entre todos los posibles, pero ahora de reojo miraban hacia atrás y se quedaban pensando que fuera posible que las generaciones anteriores de sus familias hubiesen sabido vivir mejor que ellas. Algo que sus familias siempre habían logrado desde antaño y que parecía que ahora entre nosotros tres yo era el único que lo había conseguido.

Luz se quedó un poco para allá cuando iba descubriendo poco a poco, como si de un proceso creado por algún maleficio lento pero inexorable, que las cosas no estaban saliendo como ella pensaba tiempo atrás y después de volver a España y fracasar en un negocio volvió a su puesto de profesora.

Parecía que a su manera se iba a jubilar, al contrario de como se jubilan los escandinavos que vienen a España a disfrutar del sol. Ella al contrario añoraba Suecia, mientras que la continua neblina de aquel país le hacía difuminar los sueños que no había podido cumplir y se quedaba alestargada por el frío invierno escandinavo.

Nadie sabe por qué Luz no rehizo su vida con cualquier ejecutivillo del tres al cuarto, que hubiera dado su brazo derecho por llevarla al altar, pero ella tenía una fijación por aquellos parajes escandinavos que hacían que se olvidara de todo.

Moyna alquiló una casa junto a un descampado, donde nadie hubiera querido vivir, pero lo más curioso es que para ella era la casa de sus sueños



y así iba a poder cumplir el sueño de criar a su hijo en la naturaleza, como ella siempre había querido.

Aunque esto más bien era la naturaleza silvestre, era un apartadero de la vida donde acababan los desviados y es que su padre con el dinero que tenía podía haberla comprado ese pequeño pueblo de Ibiza, para que ella pudiera criar a su hijo en la naturaleza, pero eso por razones obvias no era viable, ya que no le había salido la hija menesterosa que él hubiese querido.

Adornaba a su hijo con unos collares con colmillos de lobo, que habían pertenecido al difunto padre de su hijo, para que las fuerzas de la naturaleza le cuidaran y le guiaran. Además de esos recuerdos, guardaba en el garage de su casa unos tótems también de su difunta pareja que pesaban quince kilos cada uno y que ella almacenaba pensando en venderlos, cuando se encontrara con un marchante de buen gusto que supiera apreciar aquellas esculturas.

Allí su hijo correteaban entre los hierbajos que crecían entre un pilón de piedra de agua para recoger agua de lluvia y regar unas verduras ecológicas.

Así su hijo fue creciendo en aquella era, jugando con las lagartijas que campaban a sus anchas, como si aquella franja de terreno en medio de la nada les perteneciese. Y se emocionaba en aquel destartalado jardín, que parecía una extensión de su propia casa, cuando descubría algún trébol de cuatro hojas entre aquellos rastros jugando a las canicas con guijarros, lejos de la manada de borregos que era como ella calificaba a la sociedad tradicional, mientras los mosquitos le llenaban de ronchas su sonrosada piel.

Y a la hora de comer le ponía aquellas verduras ecológicas con zumo de naranja para que no se quedara lánguido como ella y sus sueños.

Hasta que un día su madre le habló más en serio a su hijo, poniendo una voz grave como indicándole que lo que le iba a contar era importante.

Le dijo que en la vida le había pasado lo mismo que con aquel novio que había tenido de adolescente, que se había equivocado con él y con todo.

Ella le advirtió de que aquella mierda de los años ochenta no había tenido sentido y que su madre no quería que su hijo acabase como ella, aunque su hijo no entendía muy bien todo aquello, le daba lástima de su madre por haber vivido aquella vida sin sentido empezando a comprenderla y a sentir empatía hacía ella.

Él hubiera querido vivir la vida como la había vivido ella, pero ella dijo que ni de coña, que él era el único tesoro que le quedaba en esta vida.

En el fondo, Moyna se resignaba, como si fuera el fin del trayecto con un forzado conformismo, como exorcizando a su hijo de su propia culpa para que estuviera a salvo. Tú tienes que estar sano y salvo, se repetía mientras se le humedecían los ojos.

Cuando tenía que salir de esa casa para enfrentarse con la vida real, había veces que tenía que

pedir a su vecino que le ayudara a empujar el coche para que arrancara, mientras recordaba con un aire de tristeza y culpa a la vez, de que su padre tuviera un Rolls-Royce de los antiguos.

Al final viendo que podía elegir, me decanté por Moyna, aunque no vaya a pecar de modestia tenía donde elegir, pero yo prefiero los retos difíciles y también siento debilidad por los débiles, descarriados y enfermos y acabé entablando una conversación con Moyna a través de Facebook en el plano virtual y es que la modernidad había dado paso a esto.